

Juan Abreu

DE SEXO



De la presente edición, 2017

- © Juan Abreu
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Ladislao Aguado

Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

- © Imágenes: Foto 1 y 4: Juan Abreu. Foto 2 y 3: Pedro Portal

ISBN: 978-1-948517-11-9

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*¿Qué les ha hecho a los hombres el acto genital,  
tan natural, tan necesario y tan justo, para  
no atreverse a hablar de él sin vergüenza, y  
para excluirlo de las conversaciones serias y  
ordenadas?*

Michel de Montaigne

## NOTA DEL AUTOR

*Este libro reúne los textos que, sobre sexo, he escrito en los últimos años. La mayoría ha aparecido en revistas españolas, otros han permanecido inéditos y se publican por primera vez.*

*Escribir de sexo es algo extremadamente difícil porque la literatura ha cubierto el tema de una gruesa capa de metáforas ridículas e hipocresía. Hay que escribir de sexo limpia, directa y divertidamente, separándolo siempre de la moral, a la cual es ajeno.*

*He afirmado en diferentes ocasiones que todo lo que he escrito sobre sexo, en realidad trata menos de sexo que de la libertad, de nuestra capacidad de ser libres, de cuánta libertad somos capaces de soportar. Sigo pensando que es así. Creo, por otro lado, que la libertad sexual es un importante baremo de nuestro ser cívico, y que nos hace mejores ciudadanos y mejores personas, en general.*

*Escribir de sexo ha traído grandes placeres a mi vida. Ojalá la lectura de las páginas que vienen a continuación traiga también algo de placer a las vuestras.*

## INTRODUCCIÓN

Lo que nos hace humanos (más que mamíferos) y superiores al resto de los animales, es que hemos civilizado el follarse. No pretendo quitar importancia a los logros de la razón y la ciencia, faltaría más, pero yo a mi tema. Sí, hemos civilizado el follarse. El follarse por procrear, se entiende. El follarse por procrear es de monos. Y espero que con el tiempo se convierta en un asunto marginal. Se follarse, es decir, se busca entrar o que entre en nosotros otro ser humano por placer, y porque presentimos que ese acto de comunicación excelsa nos proyecta en un territorio inalcanzable para la muerte y para la extinción que nos aguarda. Podrá ser una ilusión; lo es, sin duda, pero qué linda.

Follarse es, al contrario de lo que piensa la mayoría, es decir, la mayoría moral y la mayoría religiosa en general, alejarnos del animal que somos. ¡Como animales!, gritan los encapuchados de siempre. Pero es al revés: a más follarse civilizado, menos animales somos.

No digo que no haya en la actualidad humanos que follen como animales, humanos atrasados que se en-

cuentran más cerca de los simios que fuimos hace trescientas mil generaciones, que el resto de nosotros. Es verdad que existen. Yo mismo he encontrado a unos cuantos, e incluso conozco a unos cuantos, y trato de ir civilizándolos. Pero constituyen, a estas alturas del progreso, la cola de la estadística, que diría el psicólogo Pinker. Constituyen una rémora a superar, un atraso con el que convivimos porque no hay otro remedio, digamos, como convivimos con los zoológicos, los marxistas o con el Papa.

La procreación es cosa de animales. Mientras más lees respecto a los animales más claro queda que viven para comer, defecar, procrear y poca cosa más. No hay nada en el mundo animal semejante a los logros de nuestro gran cerebro. Miremos a las ballenas, por ejemplo, que provienen de un ungulado (de la familia de los cerdos y las vacas) que hace mucho tiempo se metió en el mar. Pues han terminado nadando muy bien y emitiendo silbos bastante bonitos. Pero nada de Mozart o de Django Reinhardt.

Hay que mantener la especie, ya lo sé, y yo mismo he contribuido, no me arrepiento y me ha reportado momentos felices, extraordinarios, pero es una actividad que nos rebaja, una actividad condenada a la desaparición. En el futuro, cuando queramos un hijo, lo encargaremos y nos lo traerán a la puerta con nuestros genes ya lavados y con todas las mejoras añadidas.

También en el futuro nos traerán a la puerta un clon de Monica Belucci o Marilyn Monroe, pero ese es otro asunto.

(Ah, cuántas cosas maravillosas pasarán en ese futuro en el que, ay, no estaré).

El follar ha de verse como lo que es, una actividad civilizadora a la que dedicarse con ingenio y alegría,

como quien lee un gran libro, se detiene ante *La ronda nocturna* de Rembrandt, o va a comer al restaurante *Dos palillos*, o al *Gresca*, en Barcelona

Debemos empeñarnos en desmoralizar cada día más el follar, en rasparle la culpa y toda la mugre que el catolicismo y las religiones en general han ido depositando (de deposición) sobre el follar. Este es un asunto que merece toda nuestra energía y nuestra máxima atención. Yo he consagrado innúmeras horas y cientos de páginas a separar moral y sexo y a desculpabilizar el follar y es de lo mejor que he hecho en mi vida. El día que muera, si me da tiempo, pensaré satisfecho: ¡cuántos no habrán civilizado su follar gracias a mis esfuerzos, cuántos no habrán desterrado la culpa y la moral de su follar gracias a mi dedicación!

Eso, separar moral y sexo y desterrar todo sentimiento de culpa del follar, y además pasarlo bien y disfrutar sanamente y entretenernos, es lo que intentaré hacer en este libro.

Cada vez que hable aquí de impulso sexual o de cualquier cosa que tenga que ver con el llamado acto sexual, me referiré al follar civilizado y por placer, y no a la cosa animal ni a la perpetuación de la especie o algún otro incordio ancestral por el estilo. Me referiré a lo que hemos conquistado, a eso que también se denomina erotismo, pero que yo prefiero definir como lo que es: follar civilizado.

Queda establecido.

## LA CAVERNA

Cuando estábamos en la caverna pasaba una hembra cerca y nos entraba el impulso y la poníamos a cuatro patas y se la metíamos. Bueno, si no estaba el macho dominante cerca. Si el macho dominante andaba por allí venía corriendo en plan agresivo haciendo aspavientos y nos daba unos cuantos sopapos y la montaba primero. Que para algo era el macho dominante. Y uno no tenía más remedio que esperar su turno. Si es que llegaba.

Esta escena pertenece al pasado remoto. Pero. Ha quedado como fantasía en el cerebro colectivo (un concepto que me acabo de inventar). Conozco a hombres y mujeres ya civilizados a los que les gustaría de vez en cuando hacer algo así. Protagonizar esta fantasía. A mí mismo, por no ir más lejos.

Todos hemos querido alguna vez poner a cuatro patas a una amiga o a la mujer de un amigo o a la hermana de alguien y metérsela en plan cavernícola en plan macho dominante de la manada. Todos hemos deseado alguna vez a la mujer del prójimo. ¿No?



Llevo algún tiempo leyendo sobre todo libros de antropólogos, cosmólogos, psicólogos, neurocientíficos, evolucionistas y gente así y me encanta porque la verdad es que las cosas, después de estas lecturas, se ven más claras. Se ve muy claro de dónde venimos y por qué hacemos y sentimos y deseamos algunas cosas y se ve con meridiana claridad, que diría un literato, que nuestra historia es la historia de cómo hemos ido dejando de ser animales que follan como follábamos nosotros en las cavernas, y nos hemos convertido en menos animales y estas cosas de la caverna son a lo sumo fantasías.

Fantasías que los animales ni siquiera tienen. Las fantasías sexuales son una prueba más de que hemos evolucionado y de que nos hemos civilizado.

Hay que alejarse de lo animal. No me canso de repetirlo. Lo animal es espantoso. Un perro, por poner un ejemplo (que espero no moleste a los amantes de los perros), es más tolerable porque se ha adaptado a nosotros y nos ha ido copiando. Según Richard Dawkins, los perros «leen» nuestras expresiones faciales. Por eso a veces nos parecen «humanas» sus expresiones. Además, nuestro cerebro prioriza una lectura mental que selecciona esas expresiones «humanas» involuntariamente, como consecuencia de una «coevolución mutualista» con los perros.

Esto, para no mencionar la exagerada, a mi manera de ver, tendencia al antropomorfismo de nuestro cerebro.

Sin embargo, si pudiéramos hacer realidad la fantasía de metérsela a lo cavernícola a la amiga de tu mujer a la mujer de un amigo o a tu cuñada ¿Lo haríamos? Si existiera la posibilidad real de ponerla a cuatro y metérsela ¿lo haríamos?

Bueno, esto se pone interesante.

Yo sí, tengo que admitirlo. ¿Y ese acto que así de inicio nos parece a todas luces cavernícola e incivilizado, un regreso a la cueva, lo sería realmente? ¿No se habría convertido ese acto, gracias a la invención del erotismo y al papel fundamental de la fantasía en el progreso y en el desarrollo de nuestra imaginación, y en consecuencia en el ascenso de la humanidad, en un acto cultural, *literaturizado*, es decir civilizatorio? Yo creo que sí.

Por supuesto, la carga dominante y hasta brutal del acto pasaría por la aceptación de la mujer objeto del acto, y por la complicidad de la mujer objeto del acto (de otra forma no sería posible), lo que lo haría radicalmente diferente. Pero aún así me parece que continuaría siendo un planteamiento muy sugestivo.

Veamos.

La hembra montada en la caverna por el macho dominante y luego por el otro macho que pasaba por allí, ¿era forzada a hacerlo? Sí. Pero. Tal vez sólo retrospectivamente. ¿Cómo saberlo? Si nos remitimos a los monos o a los chimpancés o a los animales en general, no parece que las hembras sean exactamente «forzadas». Ese es un concepto que pertenece a la cultura y a los humanos civilizados.

Claro, si la fantasía de poner a cuatro o tumbar sobre la mesa a la mujer de nuestro amigo u otra hembra cualquiera se hace realidad, quiere decir que ella habría aceptado ponerse a cuatro patas o tumbarse sobre la mesa. Entonces, hay que admitir que la «violencia» «y la imposición del macho» sería sólo la pactada y aceptada en una relación sexual consentida entre adultos que convierten en realidad una fantasía. Una fantasía que, para que fuese más «real» debería considerar la

posibilidad de prestar a la hembra montada, una vez terminada nuestra cópula, a otro macho presente, más débil, para que a su vez la montara. Un macho débil en el sentido de que jamás se atrevería a plantearle a ninguna mujer formar parte de la realización de una fantasía semejante.

Pero lo que me interesa de este escenario teórico, es en qué medida el acto sería un retroceso hacia el mundo animal del que debemos alejarnos en nombre de la civilización. Me atrevería a decir que en ninguna medida. Y me atrevería a más: diría que por el contrario, este acto «animal» sería en realidad un acto completamente erótico y como todo acto erótico, civilizatorio. Y no sólo un acto erótico sin más sino un acto erótico de tal sofisticación y de tal complicidad entre los mamíferos implicados que podría considerarse un gran acto moral, y como gran acto moral a fin de cuentas un acto de alta carga enriquecedora para la civilización.

Y.

No me pregunten por qué. Pero confieso que después de arribar a esta conclusión me siento extrañamente aliviado.

## POSTSEXUAL

Oigo hablar de lo postsexual. Al principio no tengo muy claro de qué se trata. Pero, al rato, miro alrededor y me doy cuenta de que sí lo sé, y de que hasta conozco a alguno que se define como postsexual. Es un tema interesante.

Lo primero es decir que me parece que no hay tal cosa como un ser humano postsexual. No es posible la sana existencia humana si se excluye el ser sexual. No hay forma de «superar» el estado sexual, que sería la única manera de arribar al imaginario mundo de lo postsexual. Uno puede renunciar a otros cuerpos en nombre de una deidad o de alguna otra superstición, pero la hora del deseo y en consecuencia la hora de la paja llega inexorable a nuestra puerta.

No existe, obviamente, plenitud semejante a la que proporciona lo sexual. Hasta el llamado éxtasis religioso, es sexual. Véase a Santa Teresa. Ante Dios postrada, pero mojada. Noten que digo lo sexual, no el acto sexual, porque el acto sexual con ser evidentemente importantísimo sólo es una parte, a veces, ni siquiera la más importante, de lo sexual.

Hay mucho de renuncia y de cobardía en lo postsexual (cuyos apologistas suelen ser literatos, intelectuales y gente así). Y toda esa renuncia y cobardía tiene mucho que ver, lógicamente, con la obscenidad de los que consideran que el sexo es sucio y que es, para descender a la siniestra jerga religiosa, pecado. En el fondo del asunto, me temo, está la culpable y siempre calumniada Eva, que le puso el chocho, digo, la manzana, en la boca a Adán. Qué mala.

A veces estoy bebiendo unas copas sin alcohol (después de una cena con variados vinos) y observo, con gran curiosidad, a algún autoproclamado postsexual. Son hombres, por otro lado, estupendos e inteligentes. Pero. Desprecian lo sexual. Aborrecen lo físico. Que es algo absurdo ¿cómo se puede aborrecer lo físico si lo físico es lo único que hay?

Según mi experiencia, este tipo de hombres (las mujeres, siempre más inteligentes, no suelen apuntarse a la superchería de lo postsexual), lo que pretenden con esta actitud es camuflar sus deseos. Es un espectáculo fascinante, aunque algo patético. Los veo con sus colegas, a los que están desesperados por chuparles la polla, y resalta el sufrimiento, la desarmonía; es algo sumamente evidente. Y después que se beben dos o tres gintonics el reprimido anhelo de estos hombres se convierte en un espectáculo lacerante, al tiempo que enternecedor. Son hombres que aspiran a un mundo desinfectado, libre de babas, marmóreo, digital (que es lo marmóreo pasado por la tecnología). Pero ese mundo no existe. Sólo existe una sopa química dentro de una nube de impulsos eléctricos dentro de un artefacto sanguinolento que lenta pero inexorablemente muere y se seca.

Hablan mucho de camaradería, de colegas, los post-sexuales. A mi modo de ver hay bastante mariconería (dicho cariñosamente, me encantan los maricones; yo mismo soy algo maricón a ratos) en esa llamada camaradería. Sólo hay que observar a un grupo de colegas mirando un partido de fútbol para darse cuenta de que hay mucha mariconidad en el asunto. Y ya que estamos en el campo de fútbol: ¡cómo se tocan el culo a la menor oportunidad los futbolistas! Es muy significativo.

Yo me sacaría la polla y se la ofrecería a los post-sexuales, pero va y se ofenden.

Santocielo, ¿pero qué habrá de inmoral, de malo de tremebundo de innombrable en chuparle la polla a otro hombre? Se pregunta uno. Y se responde que lo insultante para la moral común suele ser la única fuente de moral verdadera disponible. Y sigue adelante.

Hace muchos años que no pierdo mi tiempo pensando en que hay algo más allá de nuestro ser físico (léase sexual). Una especie de mundo espiritual (espiritual es una palabra cada vez más difícil de escribir) e intelectual, un mundo donde la fuerza de ese «espíritu» y ese «intelecto» sustituyen al ser sexual (léase carnal). Y no sólo lo sustituyen, lo derrotan. No es verdad. Lo «espiritual» y lo «intelectual» no son más que secreciones de lo físico. Supuraciones de nuestro gran cerebro. Confortan, no digo que no, porque con estas invenciones consoladoras vamos tratando de tapar el creciente y negro agujero de la extinción y del fin de lo físico, y en consecuencia, del fin de todo.

Pero las cosas en su sitio: supuraciones, invenciones consoladoras

Dicho esto, sé que para muchos no hay nada malo en reprimirse. A veces ni siquiera se dan cuenta de que

viven reprimidos, pues es fácil esconderse detrás de la moral y otras convenciones.

Pero vivir libremente no es, para mí, una opción entre tantas, es la única manera que tienen los seres humanos de superar sus limitaciones y de conseguir algo firme sobre lo que permanecer de pie y esperar con cierta dignidad el fin.

## ÍNDICE





Nota del autor	9
Introducción	11
La caverna	14
Postsexual	18
El principio de mediocridad sexual	22
¡Abuelo!	26
Infidelidad	30
Los subyoes	34
Hembracidad	38
Follar con amor	42
La importancia de comer bien	46
El cuerpo	51
Y su agujero oscuro como el sol	55
Un territorio sexual.	60
Hay que ser cariñoso	65
Monogamia	69
Sexo inesperado	73
Sexo y amistad	78
Objetos sexuales	82
Fantasías sexuales	86
Una polla grandiosa	91
Una mujer corriéndose	95
Una mujer libre	99

Ser mujer	103
Beso negro	107
Pensamiento vaginal	114
Paseos	117
Los buenos tiempos	120

